

## **Día Internacional del Libro en el Congreso de los Diputados**

### **Intervención del director de la RAE, Darío Villanueva**

**Madrid, miércoles 19 de abril de 2017**

Excelentísima señora presidenta del Congreso de los Diputados; señorías; excelentísimos señores embajadores; señoras y señores:

Una obra determinada alcanza la condición de clásica mediante un complejo proceso que no resulta fácil objetivar. Se trata, en definitiva, de la adhesión de los lectores a ella de forma constante, sin fronteras espaciales ni temporales. Igualmente, para ser clásico hay que superar las barreras lingüísticas y culturales: seguir hablándoles de temas que les conciernen a hombres y mujeres nacidos en lejanos países varios siglos después de que el escritor escribiera su obra. Decía el filósofo español José Ortega y Gasset que todo gran poeta nos plagia, parece que está hablando de nosotros mismos en sus obras, y ello ocurre sin duda con el *Quijote*. Pero también tiene mucho que ver, en el reconocimiento de un clásico, la actitud hacia la obra así considerada por parte de los otros escritores, de los grandes académicos, de los más reconocidos eruditos, de los críticos en verdad influyentes. Y, sin duda, es determinante, a este respecto, el papel insustituible de los traductores, que vierten a otra lengua los libros llamados a convertirse así en clásicos.

Confieso mi profunda admiración hacia todos los traductores que en el mundo son, han sido y serán. En la época de Cervantes se les llamaba *trujimanes* o *trujamanes*. Ellos siempre han representado el soporte que da sentido a aquella aspiración que Goethe alentaba: la de una verdadera *Weltliteratur*. La literatura mundial.

Madrugaron en este empeño, que contribuyó sobremanera a hacer del *Quijote* el clásico universal que es, traductores como Thomas Shelton para el inglés en 1612 y 1620, y Cesar Oudin en 1614 y François de Rosset en 1618 para el francés. Y la tarea, para otras lenguas, nunca se puede dar por terminada. Acabo de prologar sendas traducciones al coreano y al polaco, y a través de ellas quisiera agradecer, como filólogo español, todas las demás que hoy recibe la biblioteca de nuestro Congreso de los Diputados.

La primera versión, parcial, a la lengua coreana fue la que el escritor Choi Nam Sun realizó en 1915 a partir de una traducción japonesa. Hemos saludado, pues, con

alborozo que cuando se ha cumplido ya el cuarto centenario de la segunda parte del *Quijote* los lectores coreanos puedan disponer al fin en su lengua de una auténtica versión completa a partir del original cervantino gracias al empeño del académico correspondiente de la Real Academia Española en Corea Park Chul.

Considero asimismo como otro meritorio aporte a la conmemoración, en 2016, del IV Centenario de la muerte del autor de *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* la nueva traducción al polaco a cargo de Wojciech Charchalis. La primera versión completa en esta lengua data de 1786 y fue obra de Franciszek Podoski, personaje de alcurnia aristocrática y experto traductor de la literatura francesa. Ya en el siglo XX los lectores polacos leían el *Quijote* escogiendo entre dos traducciones rivales, la de Anna Ludwika y Zygmunt Czerny y la de Edward Boyé.

El *Quijote* es un libro regocijante, concebido como una cadena de episodios protagonizados por una pareja de personajes camineros, de imagen inconfundible, hablar sabroso y suerte desventurada. Humor melancólico el de Cervantes, pues casi todas las peripecias del hidalgo desmañado y de su bonachón escudero Sancho derivan en auténticos gags en los que la pareja protagonista resulta burlada, apedreada, manteada, apaleada, perseguida, y siempre ridiculizada. Y sin embargo, tanto uno como el otro, acaban por fijarse en la memoria de los lectores como figuras nobles, profundamente humanas, llenas de sabiduría libresca y popular a la vez. Inolvidables.

Nada más oportuno que mencionar, junto a los traductores, a los estudiosos de la literatura como agentes del reconocimiento público de los clásicos; citar aquí, por caso, a Harold Bloom, crítico literario norteamericano de origen judío cuya voz es escuchada en el mundo entero, sobre todo a partir de la publicación de su controvertido libro sobre el canon occidental en donde se atrevió a elaborar un repertorio de obras de todas las literaturas y de todos los tiempos que él estimaba realmente clásicas.

Shakespeare representa para el crítico de Yale el *summum* de las letras universales, a veces con argumentaciones que resultan, cuando menos, hiperbólicas. El propio Bloom parece consciente de ello cuando, después de haber afirmado que «Falstaff y Hamlet son la invención de lo humano, la inauguración de la personalidad tal y como hemos llegado a reconocerla», y añadir que, ni más ni menos, «la personalidad, en nuestro sentido, es una invención shakespeareana», concede que «a los eruditos les provoca bastante resistencia que yo diga que Shakespeare nos inventó».

Precisamente por esto, me interesa el hermanamiento entre William Shakespeare y Miguel de Cervantes que Bloom establece en uno de sus últimos libros, titulado

¿*Dónde se encuentra la sabiduría?* (2004), en donde los sitúa, hombro con hombro, entre las parejas de escogidos autores en los que funda su concepto de literatura sapiencial.

En este orden de cosas, no menos interesante que esta equiparación entre el maestro inglés y nuestro Cervantes, resulta el distingo que Bloom establece entre ambos, cuando afirma que la poesía, sobre todo la de Shakespeare, nos enseña cómo hablar con nosotros mismos, pero no con los demás. Las grandes figuras de Shakespeare son magníficos solipsistas, mientras que Don Quijote y Sancho se escuchan de verdad el uno al otro, y cambian a través de su receptividad recíproca. Porque los dos personajes cervantinos saben exactamente quiénes son, no tanto gracias a sus aventuras, sino a sus maravillosas charlas, ya sean riñas o intercambios de impresiones.

Según otro sabio filólogo, el ruso Mijail Mijailóvich Bajtín, uno de los dos modelos –el más evolucionado, clásico y puro– del género novelesco es *Don Quijote*, porque realiza, con una profundidad y amplitud excepcionales, todas las posibilidades literarias de la palabra novelesca plurilingüe y con diálogo interno. Cervantes hizo suyo el objetivo de que la novela precisa un ensanchamiento y profundización del horizonte lingüístico, un perfeccionamiento de nuestro modo de percibir las diferenciaciones sociolingüísticas, y lo convirtió en paradigma de lo que Bajtín denominaba *dialogismo*, entendido como «el diálogo de lenguajes» que puede adquirir, en el seno de la obra narrativa, múltiples manifestaciones.

Ya en 1914, el citado Ortega y Gasset, en sus *Meditaciones del Quijote*, definía la obra como un conjunto de diálogos. Y el análisis informático de frecuencias a que se sometió el texto completo del *Quijote* demostró que su eje central es precisamente el diálogo, y que las dos palabras más frecuentes en sus páginas son *dijo* y *respondió*.

Es difícil pensar en un escenario más abiertamente dialogístico, con varias voces, jergas, idiolectos o niveles de expresión diferentes, que el que Miguel de Cervantes nos ofrece en su obra. Pone en ella, cara a cara y en comunicación directa, caballeros y escuderos, duques y cabreros, curas y moriscos, canónigos y galeotes, bandoleros y alguaciles, bachilleres y barberos, mozas de partido y amas, vizcaínos y manchegos, pastores e hidalgos, poetas y menestrales. Y todo ello mediatizado por un lenguaje arcaizante, anacrónico y elevado que, gracias a la imprenta, hace pervivir las esencias caballerescas.

Puede pensarse que este valor genuinamente lingüístico del *Quijote* es muy difícil de mantener en una traducción a cualquier lengua. *Traduttore, traditore*, reza la

paronomasia, el conocido juego de palabras italiano. Veamos, sin embargo, este problema, que es real, no como una tacha, sino como un mérito más de la comprometida tarea de quienes han hecho del *Quijote* el libro más traducido, después de la Biblia.

Pero aunque por el camino se hayan perdido algunos de los matices, con frecuencia irrepetibles, del castellano del siglo XVII que Cervantes maneja como nadie, no por ello la vigencia del *Quijote* como un libro clásico entre los clásicos deja de ser menos firme.

Ya he mencionado que se trata de una obra que rebosa sabiduría culta y sabiduría popular. Por eso, Harold Bloom la destaca en su estudio sobre la literatura sapiencial. Ábrase el *Quijote* por cualquier página, al azar, como también se hace con la Biblia judeocristiana, y en ella se encontrará alguna afirmación, máxima o consejo útil para nosotros, sus lectores de hoy.

En homenaje al recinto en el que hoy recordamos a Cervantes con motivo del Día del Libro, y agradecemos a las legaciones diplomáticas ante el Reino de España la aportación de las traducciones del *Quijote* a sus respectivas lenguas, vienen a mi mente dos de esas sabias afirmaciones extraídas de sus páginas, que tienen mucho que ver con el significado político y la misión de todo Parlamento. La primera se refiere a la libertad, que según el Príncipe de nuestras letras «es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida». Y la segunda, apunta hacia la voluntad democrática de todo un pueblo para encontrar el mejor camino en pos del bien común. También nos dice don Miguel: «Más ven muchos ojos que dos: no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones como se apodera de uno solo».

Gracias por su atención.